

ARGUMENTOS DE PELICULAS

Piel de melocotón

constrernó ante la idea de que su hada protectora pudiera abrigar alguna sospecha sobre él. Desesperado, enloquecido, huyó sin rumbo fijo por la gran urbe... Un camión que pasaba se lanzó de improviso sobre él y lo proyectó como un sangriento pedale sobre el asfalto.

«Piel de melocotón» despertóse un poco más tarde en una blanca caminata del hospital. Una solícita enfermera inclinábase hacia él. En su delirio llamaba desesperada e insistientemente a su hada bienhechora.

Pero—¡ay!— ésta ya no podía oírle. Llamada urgentemente por su marido, había abandonado, sin perder tiempo, París.

«Piel de melocotón» no murió y

Carlitos era un chico muy célebre entre todos los que se reunían a jugar en la calle. Era un golfillo de Montmartre, alborotador e indiscreto pero con un corazón de oro. Como consecuencia de «uborizarse» famosamente y ponersele rojas hasta las orejas, sus camaradas le conocían por el remoque de «Piel de melocotón».

Un día, el gran Carlitos, mezclado entre los curiosos, cerca de una iglesia, contemplaba la salida de una boda de alto rango.

Cuando el cortejo nupcial hubo pasado, los ojos del niño se fijaron con asombro en una soberbia cruz de diamantes que yacía en el suelo despidiendo toda una gama luminosa de brillantes colores entre los pies de la multitud curiosa. Precipitose sobre la alhaja, la recogió y fuése corriendo a entregarla a la desposada. Era ésta hermosa como un hada, bella como un sueño de primavera. Dióle al gentil rapaz las gracias más expresivas y éste acreditó una vez más el mote puesto por sus compañeros, enrojando hasta las orejas.

Aquella hermosa casadita, llamada base en la actualidad Mme. Desflouves. Suoo por una casualidad la dirección de «Piel de melocotón» y un día, éste vió entrar en el oscuro patio de su humilde morada a la buena y hermosa hada, la que espontáneamente había devuelto su cruz de brillantes.

La gentil damita llevósele consigo y «Piel de melocotón» pasó en su compañía agradabilísimas horas. Habíase convertido en un par de buenos amigos y el rapaz divertíase oyendo el tic-tac de un relojito de pulsera que Mme. Desflouves lucía en su muñeca.

Pero la señora Lauff, at, madrastra de «Piel de melocotón», vió un filón por explotar en esta amistad. Fué un buen día a pedir dinero a Mme. Desflouves y aprovechó la ocasión para robarle el relojito. Cuando el rapaz se dió cuenta del robo, se

tan pronto como estuvo curado, un día suyo, campesino, hizo cargo de él. En una hermosa mañana trocó el infierno de la gran ciudad por la tranquila granja de los Crocs, en Charmont, y una nueva vida empezó para él. Entre los dilatados horizontes de la campiña entregado de lleno a las faenas agrícolas, el muchacho iba poco a poco convirtiéndose en un adolescente siempre alegre y servicial.

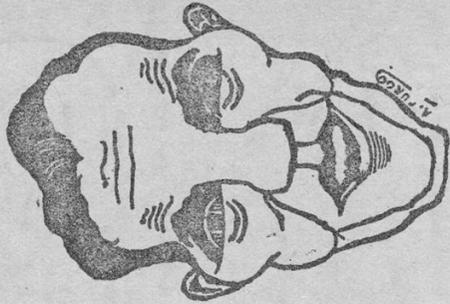
Había encontrado otra buena hada; Lucía, su prima, y un amigo: «Quisquillas», y los días transcurrían felices en la serena calma de los campos.

Un buen día, estalló la tormenta; la guerra vino a sembrar el dolor en aquel apacible rincón. Una de las primeras víctimas caídas en holocausto de la patria, fué el hijo del colonco, y «Piel de melocotón» compartió el duelo de su madre acompañándola hasta el cementerio donde reposaba el heroico soldado. Ante aquel campo de cruces comprendió todo el horror de la guerra a la que cuando era pequeño se complacía en jugar con muchachos de su edad.

Pasó la tormenta; echáronse a vue lo las campanas de todas las poblaciones que proclamaban con sus lenguas de bronce el feliz arribo de un armisticio. Había cesado la mortandad entre ambos bandos beligerantes, y entre los agujeros abiertos por los obuses en la madre tierra iban de nuevo a embalsamar el ambiente las mil diversas florcillas y los triángales a ostentar orgullosos su dorado fruto. Aquel mismo día «Piel de melocotón» empujando el arado trazó su primer surco tortuoso. Los viejos granjeros que desde lejos le observaban, sonrieron a pesar de las lágrimas que el reciente luto les había derramado y dijéronse: He aquí un muchacho voluntarioso que promete mucho en un próximo porvenir.

Transcurrieron diez años. La paz

DE NUESTRO CONCURSO (Núm. 220)



CARL-DANE (caricatura) (por Asencio Curcú Prim, Lérida)

Guerra. Predominaban los antiguos constitucionalistas, monárquicos la vigilia de la revolución, monárquicos todavía, creyendo que aún podría ser salvada la dinastía, miopes que no veían, no era ya el problema de la revolución un problema dinástico, sino de clases, en pleito la propiedad, la disciplina y la guerra.

Rusia tenía un Gobierno, y el orden iba renaciendo, por horas, en Petrogrado. Ya sólo resistían algunas fuerzas policíacas, por los barrios extremos, los incendios no continuaron, las tiendas se abrían, aparecían los periódicos y tranvías y coches devolvían su vida a las calles. Los ministros y personajes detenidos fueron conducidos a la fortaleza de Pedro y Pablo, a pesar de la resistencia del soviets, que se negaba fueran profanadas por los victimarios, las celdas que habían albergado a los precursores de la revolución. En la Duma, peligraban. Lo ocurrido con el general Sukomlinof demostraba que una avalancha de revolucionarios rencorosos podía llegar al linchamiento de los prisioneros.

Estos salieron de noche, casi clandestinamente, sin avisar a la guardia si quiera. Casi todos habían perdido el dominio sobre sí mismos, creyendo en un fusilamiento cercano.

—¿Dónde nos llevan?—preguntó Belaief, el ministro de la Guerra.—¿A la ejecución?

—No—respondió Kerensky—, la revolución no quiere sangre. Van a la fortaleza de Pedro y Pablo, donde estarán más seguros.

En la fortaleza hallaron a otros personajes que habían sido conducidos allí, directamente, por los soldados. Todos los que formaban la corte de Rasputín, estaban allí: el príncipe Andronikof; Manuilof, el ex-secretario de Sturmer, hombre de confianza del «staretz» durante los últimos meses, antes de su asesinato; Badmaef, el médico indostánico, que daba las pócimas reconfortantes al zar y al zarevitch... Los tiradores de la guardia, los iban recibiendo y encerrando en las celdas, entre insultos y mofas.

Constituido el Gobierno provisional, se acordó presentar la lista de los ministros, presentación que haría Miluikof, anunciando el programa inmediato y mínimo, y ordenar que fuesen puestos en libertad todos los detenidos políticos, comunicándoles el saludo oficial de los ministros. Catalina Breskovsi, la «abuela de la revolución», debía ser enviada a Petrogrado con todos los honores. Los emigrados, debían regresar, libremente, a Rusia.

—¿No será esto un peligro para la revolución?—preguntó el general Alezief, en nombre del Cuartel General.

—¿Por qué?—preguntó Kerensky.

—Porque entre ellos están Lenin y Trotsky, y el uno en Suiza, y el otro

—Aún lleva, el traidor, las charreteras. ¡Que se las quite!—gritaron los soldados.

El general Sukomlinof se arrancó las charreteras, pero no consiguió apaciguar a los agresores. En vano los guardias cruzaban ante él sus fusiles. En vano Sergio, pedía respeto para el prisionero. Las manos cogían ya las ropas del desgraciado y los puños caían sobre su cabeza, cuando apareció Kerensky, avisado de lo que ocurría. Erguido, alta la cabeza, con la melena gris en desorden, intimó respeto y piedad para el caído.

—No consentiré que deshonréis a la revolución, matando a un vencido. Antes me mataréis a mí.

Poco a poco iban avanzando hacia la habitación que servía de prisión, temiendo, a cada segundo, que aquel hombre fuese despedazado. Al fin Kerensky consiguió imponer un momento de calma, y la puerta de la habitación, donde estaban los otros prisioneros, se abrió, cerrándose detrás del general traidor. Los otros presos, protestaron de su presencia. El general Sukomlinof, llorando, fué a sentarse en un rincón, como una piltrafa.

Una hora después, Kerensky recibía la visita de un hombre con todo el aspecto de un fugitivo. Kerensky oyó que le llamaba, humildemente, «Excelencia», tratamiento que declinó:

—Yo no soy Excelencia. Yo soy un simple ciudadano, el ciudadano Kerensky.

Se quedó mirando a aquel desconocido, cuya cara creía recordar:

—Y usted, ¿quién es?

—Yo soy Protopopof, el último ministro del Interior.

El hombre odiado, el sucesor de Rasputín, alma de la resistencia de la policía, animador de la autocracia, que quería defender durante las últimas horas, estaba allí, frente a Kerensky, verbo de la revolución. Pero Kerensky, era un hombre noble y humano:

—¿Dónde ha estado usted escondido?

—Por ahí, durante cuarenta y ocho horas, huyendo, pero he sabido que en la Duma no eran maltratados los detenidos, y me presento.

Curvado, tembloroso, Protopopof siguió a Kerensky que, ocultándolo, lo guió hasta los demás detenidos.

El Gobierno imperial prisionero, quemadas las cárceles, las comisarias y las casas de los ministros, prestado por toda la guarnición el juramento de fidelidad, no restaba a la revolución triunfante otra labor que la constitución de un Gobierno. Restablecidas las comunicaciones telegráficas, ya se sabía que desde Moscou, a los más lejanos villorrios del Cáucaso, la insurrección de Petrogrado había repercutido, adoptando las mismas formas que en la capital. Primero el motín, luego la huida de las autoridades imperiales, después, la

más absoluta había reemplazado a la cruenta guerra. La ronca voz de los cañones había sido sustituida por el sonido que felinamente transmitían los alavoces. El muchacho y su amigo «Quisquillas» habíanse convertido en dos mocetones robustos; y Lucía, la prima, en una hermosa joven. «Quisquillas» que era muy inventivo, había logrado construir un aparato de radiotelefonía, e invirtió un domingo a los vecinos y amigos para que pudieran oír todos los conciertos de Europa en el patio de la granja de los Cross.

«Quisquillas» ganse por este medio la consideración y aprecio de los notables del pueblo, las tierras miradas de las jóvenes más bonitas y como es natural, atrajo también la atención de Lucía. «Piel de melocotón» sintió la tortura de los celos y a partir de aquel día pareció como si se secaran las corrientes de afecto de ambos jóvenes, como habíase secado el agua del río, rinchuelo desde el verano último. Este río seco significaba una verdadera pena para la población. Pero muy pronto fundieron las nieves de las montañas circundantes.

Una mañana «Piel de melocotón» llegó jadeante a la granja «¡La riada! ¡que llega la riada! ¡Ya tenemos agua!»

Todo el pueblo precipitose hacia «su» río. Las aguas corrían hacia el mar infinito en medio de la alegría general y la amistad de los dos jóvenes pareció renovarse. Para festejar la resurrección del río, el pueblo decidió organizar festejos y proclamar una reina. Lucía fue la elegida, siendo coronada reina en medio del general alborozo. «Quisquillas» era su «caballero» de honor.

«Una buena pareja!», decían los viejos. «Piel de melocotón», sin embargo, no parecía satisfecho del cargo, que iban tomando las cosas. Llegó hasta el sacrificio: dejó a su mejor amigo, a su amada reina y abandonó aquella granja donde tan feliz había sido.

«Piel de melocotón» volvió al paraiso de sus infancias trasversuras después de haber renunciado al bello porvenir, tranquilo y seguro del campesino, cambiando por la vida monótona y llena de privaciones de un modesto empleado.

Sin embargo le estaba reservada una sorpresa. Encontró de nuevo al hada bienhechora de su infancia. Mene. Lesnouves reconoció en aquel galardo mozo al pequeño rapaz que el día de su casamiento le devolvió la cruz de brillantes.

Tendió sus brazos de madre. ¡Am bien el tiempo había transcurrido para ella. A su velo nupcial había sucedido el negro manto de vida, pero su corazón continuaba siendo siempre el mismo. Adivinó la nos-

LOS D BUTANTES

La que desempeñará el papel de Bernardette

Conozco a una joven de diez y seis años, dulce y hermosa, que vive, con una señora de blanca cabellera, en una casita de campo, apacible y tranquila. En las horas que sus trabajos se lo permiten, toca el piano, lee y se divierte con un perrazo masín, imponente...

Pero hay una cosa que la distingue de las demás jóvenes de su edad y que la hace célebre en todos aquellos contornos y sobre todo en la ciudad próxima: es «vedette» de cine.

No es esto el principio de un cuento, sino la verdadera historia de Alejandra, la joven estrella que después de haber rodado «Graine au vent», interpretó actualmente el papel de Bernardette Sobirons en un film del «metteur en scenes» Pallas titulado «Nuestra Señora de Lourdes».

Delgadita, vestidita con un jersey azul, encontrábase sentada ante mí, al lado de su madre adoptiva, en el estrecho salón de la quinta. En su hermoso rostro redondo y fresco, que divide con simetría y equidad una raya maravillosamente hecha, se describía la asombrosa melancolía de aquellos ojos castaños, sembrados por lágrimas y hermosos pestañas.

Interrogué a Alejandra, y me contestó la señora que está a su lado. De aquella pequeña «estrella» no puedo obtener más que alguna breve respuesta...

—Cuando era más pequeña, no me gustaba el cine. Nunca iba a ninguna sala de proyección. Pero luego, hubo un concurso: se necesitaba una joven para rodar el papel de «Graine au vent». Alguien me dijo que me presentara. Tenía mucho miedo, pero accedí. Fui elegida, la primera vez con el número dos y luego en otro segundo concurso me dieron el número uno, y rodé la película antes citada...

—Y claro está, después de esto se reconcilié usted con el cine...

talga de amor de «Piel de melocotón» y su miseria en la ciudad. Volvió a llevarlo al pueblo y justificando su apelativo de «hada bienhechora» logró que se casara con la reina de su corazón.

«Quisquillas» contentose con una «démia» de la corte de amor.

—Que la paz reine sobre la tierra que os dará la vida.

Y cuando los trigales estuvieron en sazón, la reina tuvo un rechazo...

—Oh! sí. Actualmente lo adoro. Pero los ensayos en el Estudio, me dan todavía un pánico terrible. Es difícilísimo ensayar una cosa nueva sin sentir un poco el miedo, ante el «metteur en scenes», los operadores, y demás gente que asiste a la toma de vistas. Afortunadamente, cuando se rueda de veras, se me quita el miedo y olvido todo para no pensar más que en la perfecta ejecución de mi papel.

—No le impresionara desempeñar el papel de la Bernardette?

—No encuentro ese papel muy difícil—me dice Alejandra con ingenuidad.—Es preciso aparecer en todo el film sonadora, recogida en sí misma... Eso va muy bien a mi carácter. Mi manera de ser es así: no soy muy alegre...

Es verdad. La triste infancia de Alejandra parece haber imprimido un tono de melancolía sobre aquella carita fresca en la que las sonrisas son muy raras, y si alguna vez brillan, es con la rapidez del relámpago...

Hablamos largo y tendido todavía del cine. Luego, la joven estrella se levanta, se echa un chal de lana sobre los hombros y viene, con la cabeza al aire a acompañarme a la estación. Los oscuros cabellos brillan al sol que se refleja en ellos como en un espejo, y Alejandra, que camina vivamente a mi lado, se vuelve de pronto más habladora.

—Este pseudónimo de Alejandra ¿no es quizá demasiado pretencioso? Me llamaba como el personaje desempeñado por mí en el primer film y ese nombre me ha quedado. Pronto partí para Niza donde debo rodar Bernardette. Una amiga de más edad me acompañará: me da miedo viajar sola... Los films que prefiero rodar? Comedias dramáticas, sentimentales. Me gustaría llevar trajes bonitos, ropas de época... Ahora empiezo a dedicar algunas horas a los deportes y a aprender a bailar. En el cine es muy útil todo esto. Una día quizá sea muy conocida y gane mucho dinero y entonces sí que me gustará viajar!

Al decir esto, pita con estridencia la locomotora anunciando que el convoy va a ponerse en marcha, y después de despedirnos y de cambiar una sonrisa de «adieu», la veo como vuelve presurosa, sin volverse una sola vez, hacia la pequeña quinta donde la esperan para comer...

M. VERDIER

constitución de Comités de diverso carácter y nombre, según la región, para asumir la autoridad.

Al mismo tiempo, llegaron noticias de catástrofes revolucionarias ocurridas en Helsingfors y Cronstadt. Los marineros habían detenido en Helsingfors a todos los oficiales y se disponían a fusilarlos. Una Comisión de delegados de la Duma y del Soviet, salieron para la ciudad naval a fin de impedir la catástrofe. La impidieron, pero ya los oficiales habían sido maltratados, y el almirante Nepenine, asesinado por un paisano. En Cronstadt, la hecatombe no pudo ser evitada. Los marineros sublevados se lanzaron a la caza de oficiales. Treinta y nueve de ellos fueron muertos. Algunas docenas de personas significadas por su reaccionarismo, también. Constituidos en cantón, los marineros de Cronstadt, detuvieron a más de quinientos ciudadanos y doscientos oficiales, vejándolos y martirizándolos. El terror rojo tuvo su primera página siniestra en Cronstadt, el día 14 de marzo.

Rusia, sin Gobierno, con los soldados sin oficiales, sin otra autoridad que la del soviet local, lanzada en algunas ciudades a la furia homicida y al saqueo, la anarquía avanzaba y si el remedio no era fulminante, se arriesgaba la desarticulación de Rusia en un caos que la llevaría a la barbarie.

Los dos Comités, el de la Duma y el del Soviet, se pusieron de acuerdo para redactar un manifiesto en el que nada se concretaba, no hablándose, ni de la guerra ni de reformas sociales. Después se fué a la constitución de un Gobierno provisional, pero el Soviet votó una orden del día en la que se negaba todo apoyo ministerial a un Gobierno que iba a ser exclusivamente «busgués». Las dos grandes tendencias de la revolución, nacieron, y comenzaban a calentarse el mismo día de la victoria. A un lado la Unión Nacional; al otro, la aparición del proletariado revolucionario.

Pero allí estaba Kerensky, con su sugestión y su elocuencia. Para el Gobierno provisional, habían sido designados Tcheide y él, como representantes de los socialistas. Tcheide, renunció categóricamente. ¿Qué hacer? Kerensky, después de unas horas terribles de duda—la duda que lo perdió después y que hizo que la revolución rusa derivase hacia el bolchevismo—, decidió aceptar la cartera de Justicia. Valientemente acudió a la sala del Soviet para defender su aceptación. La revolución era de todo el pueblo, y todo el pueblo debía integrar el nuevo Gobierno. El pertenecía al Soviet, y él sería el lazo de unión entre los elementos gubernamentales y la furza popular que velaría para que no se enturbiasen las creencias revolucionarias... El Soviet, rendido ante la elocuencia de Kerensky, aprobó su entrada en el Gobierno, lo ovacionó, lo alzó en hombros, y lo paseó por las salas de la Duma, en medio de un fervor en delirio. Kerensky, aquel día, fue el sucesor del zar.

En la noche del día 14 de marzo, quedó constituido el Gobierno provisional, presidido por el príncipe Lvof, con Milukof en Estado y Gutchkof en



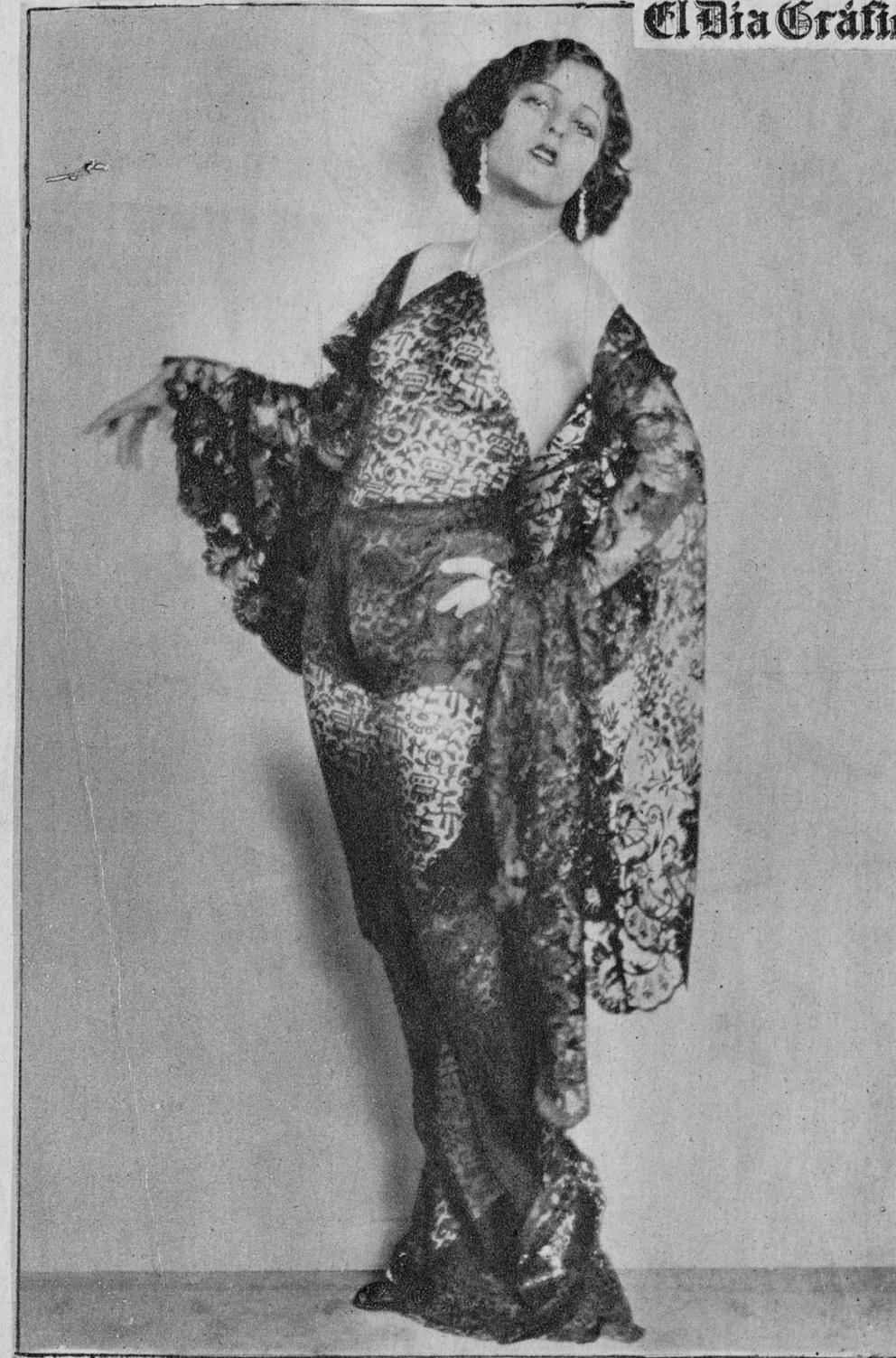
KERENSKY

Jueves Cinematográfico

de El Día Gráfico



NICK STUART Y SUE CAROL, DE LA WILLIAM FOX, FORMAN UNA PAREJITA EN CANTADORA, LO MISMO JUGANDO AL TENIS QUE CABALGANDO A TRAVES DE LOS BOSQUES. ALEGRIA SANA, EXPRESIVA, EN NICK STUART. UNA SONRISA DE FELICIDAD EN SUE CAROL. UN POEMA DE AMOR LUMINOSO Y CASCABELERO, CON TODAS LAS INCENUAS MALICIAS DE LA JUVENTUD. PARA EL ABRAZO HALLAN PRETEXTO EN TODO: EN EL DESCANSO DEL TENIS... COMO EN LA DETENCION DE LOS CORCELES FATIGADOS POR LA CARRERA. HAY EN ESTAS FOTOGRAFIAS UNA FELICIDAD COMUNICATIVA QUE HA DE LLEGAR FORZOSAMENTE AL CORAZON DE LOS ESPECTADORES. NICK STUART Y SUE CAROL, POR SU RISA FRANCA, TIENEN SEGURO EL EXITO



Num 19
11
Abril
329



TRAS LA MANTILLA QUE FINJE VELAR LOS ENCANTOS DE MARIA ALBA, LA ESTRELLA DE WILLIAM FOX, SURGE LA FIGURA ESCULTURAL DE LA BELLA ARTISTA, COMO LA CREACION DE UN GENIO DE LA ESCULTURA HELENICA. MARIA ALBA, CATALANA, TRIUNFA JUSTAMENTE, NO SOLO POR SU BELLEZA, SI NO POR SU ARTE EXQUISITO



JOE MAY, GUSTAVO FROELICH Y BETTY AMANN, LOS NOTABLES ARTISTAS DE LA «UFA», DESPUES DE LA PRESENTACION DE «AS. PHALT» EN EL PALACIO DE LA «UFA» EN BERLIN



BRIGIDA HELM Y WARWICK WARD, EN LA NUEVA PRODUCCION DE ERICH POMMER, «LA MENTIRA MARAVILLOSA DE NINA PETROWNA», FILMADA POR LA «UFA»



BRIGIDA HELM, EN UNA LABOR HARDO PROSAICA: PELANDO PATATAS. ¡NO SIEMPRE HAY QUE MANEJAR JOYAS!

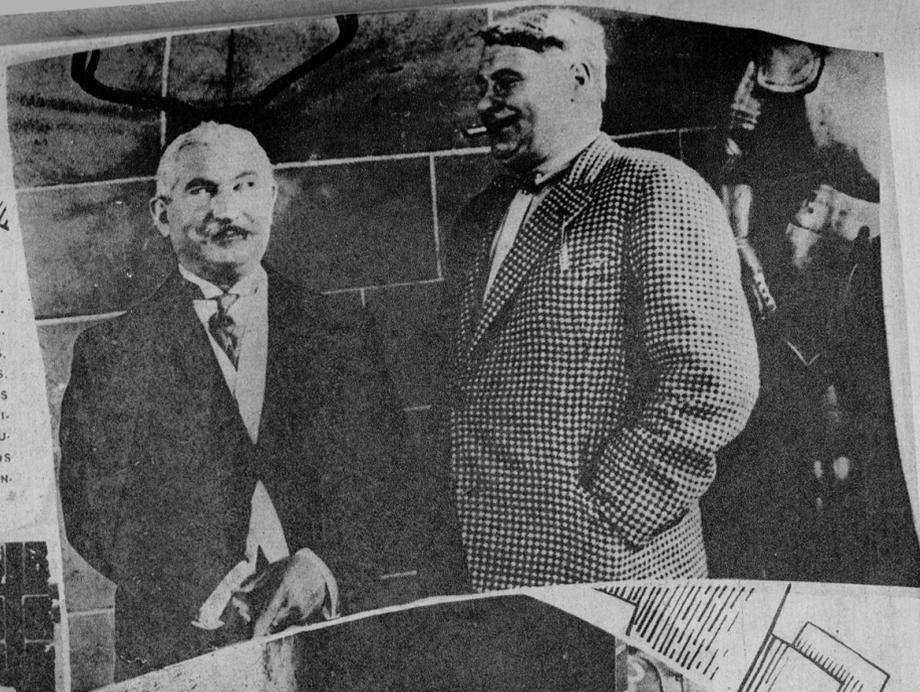


GWEN LEE Y DOROTHY SEBASTIAN AMAN LOS CABALLOS DE RAZA, ESTOS CABALLOS ARABES DE MAGNIFICA ESTAMPA, CON LOS CUALES LAS SIMPATICAS ARTISTAS DE LA METRO-GOLDWYN-MAYER VAN A HACER PRODIGIOS DE EQUITACION. REALMENTE CON SEMEJANTES CABALGADORAS—Y AUN SIN ELLAS—, LAS DOS ARTISTAS PROMETEN IR LEJOS



EL BESO EN EL CINE. SIEMPRE BELLO Y SIEMPRE DISTINTO, SE REPITE EN ESTA ESCENA DE «EL ESTUDIANTE DE HARVARD», DE LA METRO-GOLDWYN-MAYER, Y EN CUYA PELICULA INTERVIENEN MARY BRIAN, MARY ALDEN, EWA GRECORY, JACK PIGFORD, WM. HAINES Y FRANCIS X BUSHMAN. EN SUMA, UN ACERTADO CONJUNTO

LA PRINCESA DE OPERETA: TITULO LIGERO, FRIVOLO, AL MARGEN DEL CUAL BIEN PODRIAN ESCRIBIRSE ALGUNAS REALIDADES, VERDADERAMENTE PRINCESCAS. POR FORTUNA, AHI ESTAN ESTOS ARTISTAS, DELICIOSAMENTE COMICOS, DE LAS SELECCIONES CAUMONT DIAMANTE AZUL, QUE NOS PROMETEN MOMENTOS DE FRANCA HILARIDAD...



...AL LADO DE ESTA ESCENA FAMILIAR, PLACIDA Y DULCE, QUE NOS HABLA DE UNA PAZ CASERA...



...PERO RETORNA LA OPERETA... LA PRINCESA DE LA FRIVOLIDAD, EN EL COMEDOR DEL VIEJO CASTILLO SENO RIAL, PARECE ALGO MAS QUE UNA PRINCESA DE THAMOYA... LO SERA!



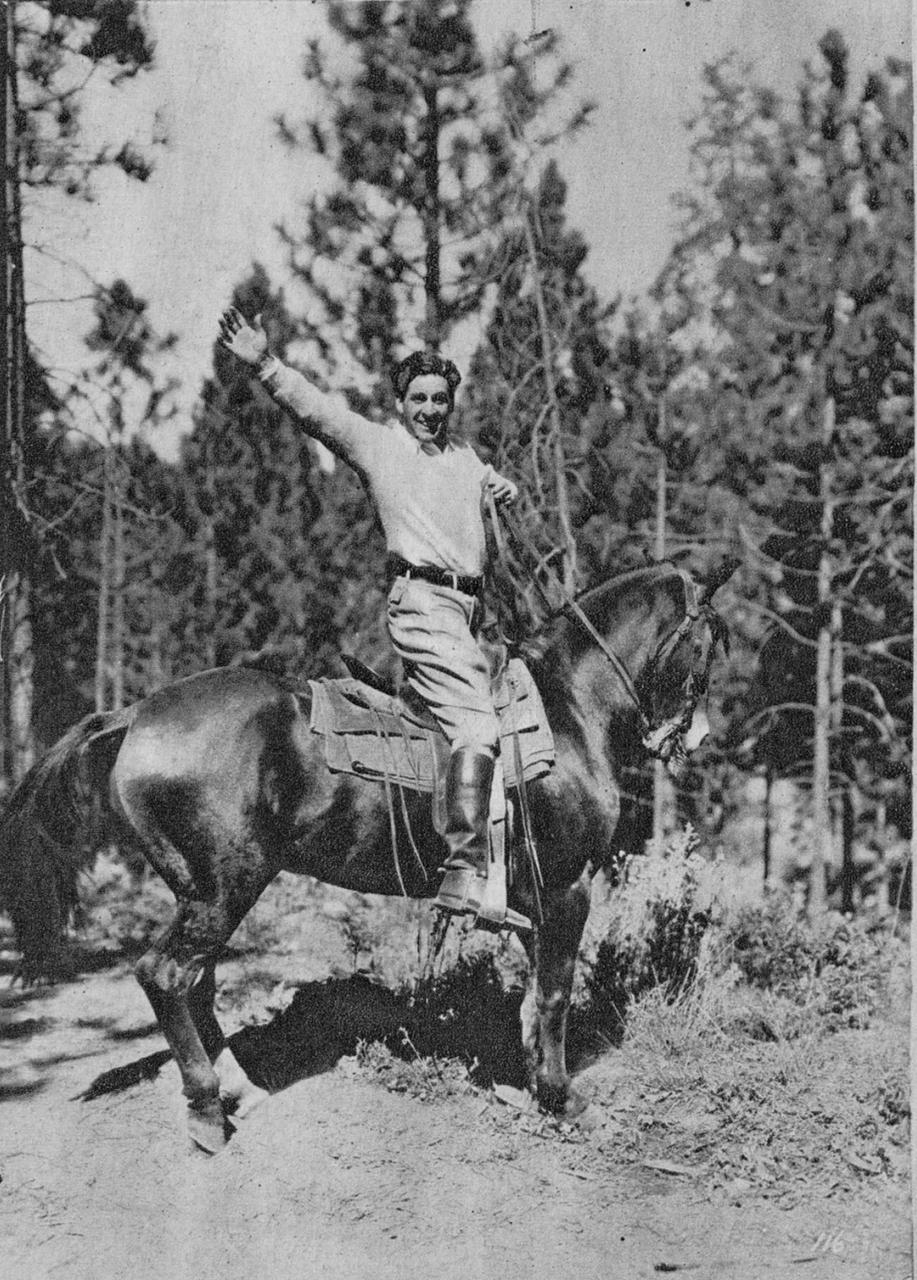
DOROTHY MACKAIL, SIGUIENDO, AL PARECER, LA MODA DE LOS ESCOTES DE HONOLULU, SE PRESENTA A MILTON SILLS, EN UNA ESCENA DE «STRANDED IN PARADISE», DE LA FIRST NATIONAL. —¿GUSTO?—PREGUNTA DOROTHY MACKAIL. ¿QUE HA DE HACER MILTON, SI NO APROBAR LA NUEVA MODA?



NO, NO... BUSTER KEATON, EL NOTABLE ARTISTA, NO AGUARDA LA SORPRESA DE ESE MOMENTO ABRUMADOR EN QUE LA DELICIOSA DOROTHY SEBASTIAN LO ESTRECHA CONTRA SU CORAZON ENAMORADO. BUSTER KEATON, NO ES SAN ANTONIO, Y SIN EMBARGO RESISTE BRAVAMENTE LA AMOROSA ACOMETIDA...



YA ESTAN OTRA VEZ EN DANZA LOS «CASTIGADORES» DE LA WILLIAM FOX. EDMUNDO LOWE SABE QUE TIENE BUENA FIGURA, QUE ES APUESTO, QUE HAY UN MUNDO FEMENINO QUE LE ADMIRA... APARECE UN POCO ORGULLOSO DE SI MISMO... PERO, ¿NO ES UNA COSA RAZONABLE SU VANIDAD DE BUEN MOZO?



GEORGE O'BRIEN, OTRO «CASTIGADOR» DE LA WILLIAM FOX, QUE CIERRA EL PASO A LOS INDIFFERENTES. ¡ALTO, QUE AQUI ESTOY YO! PARECE DECIR CON PLENA SEGURIDAD DE SU PODER DE SEDUCCION. Y NO POCAS DAMITAS DETENDRAN LA MIRADA ANTE EL POPULAR ARTISTA



JOSEFINA DUNN, LA BELLA ARTISTA DE LA METRO-GOLDWYN-MAYER, NO AGUARDABA, A BUEN SEGURO, LA INDISCRECION DEL FOTOGRAFO. ACASO, INCLUSO, LE SEPA MAL, QUE LA DESCUBRAN EN SUS INTIMIDADES... SIN EMBARGO, ¿CUANTOS HABRA A LOS QUE NO LES SABRA MAL LA INDISCRECION FOTOGRAFICA?

MCMP-12036 *

DE LA "MUDFZ" A LA VOZ

Conrad Nagel y el Cine parlante

He aquí lo que con referencia al film hablado dice el simpático actor:

«Después de concluido el ensayo, el director manifiesta su aprobación, haciendo oír su voz entre las cámaras agrupadas en la semioscuridad de aquel rincón del estudio. Uno de sus ayudantes, sentado ante una mesa sobre la cual aparece una variada colección de conmutadores y botones, responde a la llamada de un teléfono conectado con otra parte de aquel escenario construido especialmente para apagar todos los ruidos del exterior.

—¡Listos!—dice el ayudante al director.

A una señal del director un segundo ayudante sale a la puerta del escenario y con un silbato lanza una aguda y penetrante llamada de silencio... Las puertas se cierran herméticamente y se encienden las luces.

«Silencio!

Va a filmarse una escena para una nueva película parlante. La tensión que reina en el escenario herméticamente cerrada se acentúa de un modo perceptible al levantarse un ligero rumor en la semioscuridad, más allá del área luminosa en que nos encontramos.

Un reloj da la señal, que resuena profundamente en el hondo silencio del extenso escenario. La escena ha principiado.

El actor cinematográfico se halla entonces en un ambiente extraño, experimentando una rara sensación, al verse por vez primera en un estudio de cine parlante. Pero, en realidad, el ambiente y la sensación son extraños sólo por su novedad y por fortuna,

do y sonoro, progresar paralelamente... Otros proyectos: la publicación de mis obras literarias y del escenario de «La Roue», y luego, cómo es natural, otros films...

Después de estas palabras saturadas de optimismo, me despidió de Abel Gance, lleno de admiración por ese meritísimo «mettre en scene» que continúa sirviendo la causa del cine por medio de sus obras, siempre grandes, como tuyas.

C. DORE

el actor no tarda en amoldarse a la nueva situación.

De lo mucho que he aprendido en mi experiencia en el teatro, en el cine y en el cine hablado, siempre he querido tener presente un valioso precepto: el de manifestarse siempre espontáneo, sincero.

Tal precepto constituye el secreto del éxito de todo intérprete teatral o cinematográfico que se estime y aunque no es original, el profundo consejo que encierra se me antoja particularmente aplicable al individuo cuyo deseo es el de incluir en sus actividades interpretativas el trabajo ante la cámara que habla. Tal, y no otra, fué la primera cosa que aprendí en mi condición de uno de los primeros intérpretes de películas parlantes. Ahora que filmo mi sexta película dialogada en Vitaphone, «The Redeeming Sin» (El pecado redentor), estoy convencido más que nunca del acierto de consejo semejante. Durante todo este tiempo he asistido al extraordinario desarrollo que ha adquirido el cine parlante en menos de un año, gracias a los encomiables esfuerzos de los hermanos Warner, quienes tuvieron el valor de emprender la realización de cintas habladas desafiando las burlas del resto de los productores cinematográficos.

Las conclusiones a que he llegado en mi trabajo para el cine hablado me son sumamente valiosas y tal es la razón por que deseo hacer partícipe de ellas a mis colegas y al aficionado al cine interesado en estas cuestiones.

El Vitaphone está constituido de tal manera que el actor encuentra en él todo género de motivos para adaptarse al precepto arriba expuesto y se siente movido a manifestarse sincero, espontáneo. Ante el micrófono y la cámara combinados, el actor puede hablar con la sencillez y la naturalidad con que lo haría en su casa, a la hora del almuerzo y gracias a las maravillosas facultades del novísimo instrumento su voz se hará oír hasta en el último rincón de un teatro. En realidad obtiene muy lamentables resultados el que se aparta de lo natural.

Porque la naturalidad es el todo en el éxito de una interpretación filmico-parlante. No es necesario ser poseedor de una voz bella o extraordinaria. Mejor es que resulte interesante y de calidad agradable. Sus inflexiones deben resultar reales, natura-

les. Es preciso controlar la voz perfectamente y educarla en la enunciación de las palabras de la manera más completa. No menos necesario es emitir la midiendo con toda precisión el «tempo» requerido, exacto.

El actor que ha pasado por la severa escuela del teatro está adaptado admirablemente para la interpretación de papeles cinematográficos hablados.

En su paso por el teatro ha adquirido, si se ha aplicado a su arte con esfuerzo, un exacto sentido del tiempo que en él termina por hacerse inconsciente, como una segunda naturaleza. Habiendo educado su voz, su enunciación, su dicción y sus inflexiones vocales resultan genuinas, verdaderas.

Por otra parte el actor teatral ha tenido la oportunidad de adquirir una legítima habilidad para realizar una caracterización durante el tiempo que dura una escena larga, la cual se desconoce en el cine silencioso, que se desarrolla en escenas breves, interrumpidas continuamente y en acción episódica, mas es característica de la película hablada.

Y, sin embargo, el actor cinematográfico, poseído de unos vastos y comprensivos conocimientos del arte de la pantomima halla en ellos un arma formidable. Porque, a pesar de todo, la película hablada continúa siendo una película en muchos aspectos y el intérprete de cine mudo, capaz de interpretar sus emociones en un primer término o «close-up» tan bien como en un «long-shot» o escena completa, domina un factor que habrá de ser para él de mucha importancia en su trabajo en películas parlantes. Tiene también la ventaja de «conocer la cámara» y por tanto de poder trabajar inteligentemente ante ella.

Pero de la misma manera que el actor teatral ha de adaptarse a la técnica de la película silenciosa, así también tanto el intérprete cinematográfico como el teatral tienen que ajustarse a las peculiares exigencias del cine parlante. Afortunadamente, siempre que uno y otro sean dueños de un verdadero talento, no tienen nada que temer.

LOS JOVENES "PRIMEROS"

Charles Rogers o "Buddy" el guapo

Charles Rogers debutó con el papel de Joe Grant, el enamorado de la pequeña vendedora, personificada por Mary Pickford en la encantadora película «La pequeña vendedora».

Un joven que no habla mal de sus directores, que es fino y galante con las damas, que no se mete con su auto en los escaparates y que todavía tiene ilusiones, es un tipo raro que forzosamente ha de impresionar a la gente.

Pero las gentes no dan mucha importancia a esas cualidades privadas y si Buddy gusta a los habituales de la pantalla es porque es guapo, joven, simpático y su talento es como su físico.

Se dice que se dedicó al teatro desde muy joven, que fué en ese ambiente donde se le desarrolló el gusto de interpretación escénica. Pero es un error.

Fué durante su niñez a un colegio de Kausas donde no se distinguió por nada, y fué ni mejor ni peor que el resto de los chiquillos. Después intentó trabajar en las oficinas de un gran periódico y como distracción tocaba el trombón de varas. Tuvo sólo algunas pequeñas aventuras corrientes entre los muchachos menores de veinte años.

Un día sintió irresistibles deseos de visitar España y partió en un barco cargado de mulos que ayudó a cuidar con el fin de pagar su viaje. Cuando volvió a Kausas encontróse con un director de cine que le aconsejó que se dedicara a la pantalla.

En sus comienzos no prestó nadie especial atención en el joven Buddy, seguía su sendero sin prisa de ningún género, es verdad, pero también sin gloria. Gustaba por su graciosa y sencilla ingenuidad; trabajaba y vivía tranquilamente hasta que un día la suerte que esperaba le favoreció de repente por una llamada de

Mary Pickford que le propuso el papel estelar masculino de «La pequeña vendedora».

—Estaba asustadísimo—decía Buddy—de que se me destinara a trabajar en tan gloriosa compañía. Pero en aquellos Estudios era todo tan cómodo, tan correcto y tan agradable, que me fué relativamente fácil hacer acopio de todas mis facultades para servirme de ellas y hacer que dieran su mayor rendimiento.

Los medios de que disponía fueron muy bien empleados puesto que gracias al uso que de ellos hizo se le confió al poco tiempo el papel estelar al lado de Clara Bow en el film «Es preciso que te cases conmigo».

—No he visto ni he oído tantas cosas a la vez, decía en aquella época, nunca he tenido tanto dinero en mis manos, pero como no pagaba más que treinta dólares semanales de pensión, destiné el resto a enviar a mi pobre hermano a la Academia Militar.

¡Qué buen muchacho y qué cuerdamente pensaba al verse dueño de una suma que si no llegaba a fortuna, para él lo era y considerable!

En el Estudio se le conocía por Buddy, pero este nombre no le gustaba porque consideraba más adecuada su aplicación a un falderillo. Al margen de esto, Charles, Charlie, o Buddy, que de todos estos modos se le denominaba, intentó al empezar una interviú revestir su nacimiento gloria de una actitud reservada y llena de dignidad. Pero muy pronto distraído por el interés de la conversación, olvidó su papel y volvió a ser el alegre niño grande.

Cuando se le pregunta si desea casarse se ríe ruidosamente mostrándonos dos hilas de dientes blanquimosos y sus ojos negros brillan con extraños fulgores.

—¡Ah! No tengo tiempo—contestó—Ante todo quiero que mi madre

visite la vieja Europa y mi mayor ilusión es realizar este viaje con ella. Después tengo que estudiar... No, realmente, no tengo tiempo para casarme.

Sin embargo... si, sin embargo, los escritores, los amigos y los reporters han hecho suyo durante algún tiempo el asunto sentimental de Buddy.

Todo el mundo en Hollywood hablaba de ello; cada cual daba su opinión y hacía comentarios sobre la camaradería afectuosa que existía entre Clara Vindsor y Charles Rogers.

Clara no se había divorciado todavía de Bert Sytell cuando conoció a Charles. Seis meses después sobrevino el divorcio y al mismo tiempo Buddy recibía el encargo de desempeñar un importante papel en la película «Alas». Se sentía orgulloso y tan entusiasmado con su nueva responsabilidad, que rebosante de alegría confió sus esperanzas de éxito rotundo, a Clara. Esta supo comprender la expansión del joven. Recordaba sus primeros pasos hacia la celebridad. Acompañó a Rogers en sus entusiasmos, y ambos dieron por descontado el éxito. Esa comunión de pareceres consolidó su amistad.

Naturalmente, una hermosa mujer y un apuesto y guapo joven, no pueden ni deben encontrarse todos los días, sin provocar maliciosas murmuraciones. Lanzóse la especie de un posible casamiento de Clara Vindsor. Esta colocó su amistad lo bastante alta para no sacrificar a la maledicencia su cordial amistad con Buddy, y una noche en que ambos paseaban a la argentada luz de la luna, Clara, completamente percatada de la situación que las habladurías que contra ellos se desataban no hacía otra cosa que entorpecer su trabajo y su reposo moral; que ella misma, aun a costa de un gran sacrificio estaba dispuesta a interrumpir los malévolos comentarios, para lo

Cómo he rodado "La sinfonía de una gran ciudad"

por WALTER RUTTMANN

Creo llegado el momento de decir algunas palabras sobre la manera cómo hice mi película. Desde mi aparición en el cine tuve la idea de hacer algo con la materia viviente y crear un film-sinfonía con los millones de energías que componen la vida de una gran ciudad.

La posibilidad de realizar semejante film se presentó en el momento en que encontré a Karl Freund, que tenía las mismas ideas.

Un día, terminaron las largas conferencias que tenía con Freund. En el director de la Fox, Julius Aussenberg, encontré, o mejor dicho, descubrí, al único hombre que consintió en aceptar la responsabilidad de semejante empresa. Me encontraba ya, cara a cara de la terrorífica tarea.

Desde el principio, vi claramente que para asegurar la realización de lo que yo había imaginado primitivamente, debía asumir la plena responsabilidad del más insignificante movimiento de la manivela, de la luz, de la disposición y del tono de cada metro de film.

Cuando empezamos a rodar, mi fiel operador y yo, tuvimos que hacer un terrible esfuerzo físico y hacer un

cual determinó alejarse voluntariamente

Nadie ha podido saber exactamente los detalles de esta última entrevista de la que tanto se ha hablado. Lo que sí es cierto es que Buddy no ha vuelto nunca más a casa de Clara y, cuando se habla de ella delante de él, vuelve la cabeza nostálgico, mientras asoma a sus labios una amarga sonrisa.

Melancólico tributo que una estrella debe pagar a la celebridad, dejando que en su corazón y en su vida privada rebusquen con afán los indiscretos..

M. ALBY

buen acopio de paciencia. Durante semanas enteras nos reunimos a las cuatro de la mañana para tomar vistas de la ciudad «muerta». Naturalmente, que no era cosa de echar una mirada a nuestro alrededor y rodar. Era extraño cómo la gran ciudad, Berlín, en este caso, que nos ocupa, parecía como si tratara de escapar a los esfuerzos que yo hacía para coger alguna cosa de su vida y de su ritmo con mi objetivo. Fueron innumerables las veces que al llegar el último momento, una falsa nota estropeaba una situación que el objetivo había cogido casi por completo. Estábamos poseídos de la misma fiebre que el cazador que está en un puesto, ojo avizor a lo que salte; a cada vuelta de esquina creíamos que nos íbamos a encontrar con algo imprevisto. Hubo momento en que estando dispuestos a rodar la escena 183 tuvimos que pasar a la 297 obligados por un inesperado cambio en la fisonomía de la calle

Las partes más difíciles fueron las de la ciudad dormida. Es mucho más fácil trabajar con el ritmo y el movimiento que sostener una impresión de reposo absoluto y de calma de muerte.

Día tras día traté en Berlín, siempre con mi auto y mi cámara de un lado a otro, de tomar la vida del barrio elegante «Kurfurstendamm y la de los arrabales.

Cada día examinaba cuidadosamente los negativos. Después de cortar cada trozo, miraba lo que faltaba todavía. Allí un pedazo que remataría un tierno y apasionado crescendo, aquí un andante. Con arreglo a eso, decid: cuáles eran los nuevos motivos que todavía tenía que buscar; mi escenario sufrió cambios y aumentos en el contenido, forma y estructura durante todo el tiempo que trabajé en mi film.

Por último se presentó el problema de rodar las escenas de noche

y los interiores Para dar la autenticidad más absoluta a las escenas de noche, nos fué preciso pasar de la lámpara ordinaria de arco a los «klieg-lights», porque a las gentes les hubiera llamado la atención, se hubieran dado cuenta de que les miraba el objetivo y advertidas de nuestra presencia, hubieran perdido la requerida naturalidad.

El jefe de los operadores, Reimar Kuntze, con el que tantas conferencias celebré sobre el particular, logró por fin dar a la película una sensibilidad tal, que pudimos pasarnos perfectamente con la luz artificial ordinaria.

Ahora ya era posible tomar la vida nocturna de la ciudad, su trepidante circulación, la multitud, el interior de los teatros, cafés, bares, dancings, cines, mus-halls, etc., etcétera, es decir, todo lo que necesitaba para dar una perfecta y completa representación de la vida nocturna de Berlín.

Al proceder al montaje del film, me di exacta cuenta de lo difícil que era hacer una verdadera «sinfonía». Muchas bellas escenas han debido ser cortadas para evitar la impresión que producían de tarjetas postales. La estructura de una máquina tan complicada, para obtener el movimiento deseado y hacer de los episodios heterogéneos un todo orgánico, no podía realizarse más que ajustando unos a otros, hechos sencillos pero que nos interesaban por la intensidad de su expresión.

Hay muchos que tienen por costumbre decir que conocen perfectamente el movimiento, pero tengo para mí que ahora empezamos a saberlo vivir.

Del mismo modo que para un niño se reducen los problemas a una simple fórmula, hemos tenido que reducir; es lo único que cabía hacer también en nuestro film de Berlín.

Cómo escoge Abel Grance sus intérpretes

Estamos en los dominios de Abel Grance. Un inmenso Estudio, con muebles sombríos, hierros forjados y amplios ventanales de colores cuya policromía variadísima no consigue detener la entrada a torrente de la luz. Decorado medieval que forma un contraste extraño con el ruido moderno, lancinante, con el feroz repiqueteo de las máquinas de escribir y de los teléfonos.

—Cuando preparo un film, confieso sinceramente que de lo último que me ocupo es de los intérpretes—me dice Abel Grance—. Me inclino más a cosas más amplias y, lo que sobre todo me apasiona, es el tema principal de mis películas, el tema de la máquina en el film «La Roue», por ejemplo. El drama humano, la intriga, no la imagino más que al fin y me complazco en introducir en el escenario como un dúo de instrumentos en una sinfonía... Entonces es llegado el momento de elegir los intérpretes. Para ejecutar una melodía son precisos por lo menos uno o dos violines. Si el violín es excelente, el actor tiene talento, miel sobre hojuelas...

—¿Qué cualidades exige usted a los actores que interpretan sus películas?

—Lo único que les pido, es que procuren parecerse un poco, tanto moral como físicamente al personaje que desempeñan.

Para representar en la pantalla un tipo inteligente y sensible, me hace falta un actor que tenga ambas cosas: sensibilidad e inteligencia. Es cierto, que el «metteur en scène» puede ayudar mucho a un actor a comprender y desempeñar su papel, pero esto a condición de que el artista ponga de su parte cuanto pueda y posea dotes personales. Para los papeles de segundo término, es suficiente con que el actor tenga un parecido exterior con el personaje que le hago desempeñar. Viendo tra-

bajar a multitud de comparsas he podido encontrar entre ellos los «tipos» característicos que necesitaba «La Roue» o «Napoleón»...

Sentado ante un bureau lleno de papeles, Grance habla lentamente, con una voz dulce y meliflua. Después de haber visto su obra magnífica y brutal, y encontrarnos con aquel hombre de rostro romántico encuadrado en los hilos de plata de su cabellera, esperamos un lenguaje más brusco, ardiente y entusiasta. Por el contrario Grance se complace en asombrar a los visitantes con su calma y dulzura extraordinarias. Dulzura en la voz, en los gestos y hasta en la sonrisa silenciosa... Ahora, Grance me habla de los actores que ha contribuido a «lanzar» haciéndoles interpretar papeles importantes.

—Una noche, por casualidad, vi bailar en el «Concert Mayol» a André Bravant, y en seguida se me ocurrió que en la pantalla tendría éxito. A Severin Mars le contraté para «La Roue» después de haberle visto trabajar en el teatro una sola vez. Emmy Lynn y Gina Manés ya habían trabajado para el cine antes de rodar en mis películas, pero, creo haberles ayudado a afirmar su personalidad. ¿Cómo se descubre un rostro fotogénico? ¡Oh, es indefinible!.. Una mirada, una sonrisa, revelan a veces en un instante, la sensibilidad de un ser y sus posibilidades de expresión.

—Si usted encontrara una actriz cuyo talento admirara, principalmente, ¿no le gustaría hacer muchas películas para ella?

—¡Ah, no! ¡De ninguna manera! —protesta Grance inmediatamente. Un escultor que tome diez veces el mismo modelo, no hará más que una obra maestra y nueve copias de la misma. Y, además, me da verdadero horror el film «por la vedette». Sí, ya sé que ocurre con frecuencia, que el público va al cine por la «ve-

dette». Pero los realizadores que no aceptan limitar sus films a un solo rostro también tienen su revancha: al cabo de muchos años sus films tienen un gran inters artístico aun cuando la «star» haya pasado de moda. Para que yo me decidiera a hacer un film para una actriz determinada—añade Grance—sería preciso que me enamorara de ella.

Naturalmente, yo no me atreveré a preguntar a Grance si los «metteurs en scene» esa especie de semi-dioses, caen, como los demás mortales, en las redes del amor de sus intérpretes. Es este un terreno peligroso, que orillo de buena gana para hablar de sus proyectos.

—¿Mis proyectos? ¡El film del mundo! ¡Un film colosal! La Humanidad amenazada de un terrible cataclismo se encuentra enloquecida y dominada por la invencible pasión del miedo, que obliga a todos los seres a mostrar su verdadero rostro... y luego una adaptación sonora de «La Roue», donde vuelvo a tomar la versión reducida. ¿A qué época se remonta mi conversión al cine sonoro? ¡Al año 1920! He aquí el escenario de «La Roue» escrito hace nueve años. En la primera página hay una acotación, indicando que debenirse los ruidos producidos por las máquinas que yo quería hacer oír durante la proyección del film. En aquel momento el proyecto era irrealizable, pero hoy vuelvo de nuevo a meterme de lleno en aquel asunto. Un «film sonoro» registrado en una veintena de discos, será sincronizado con «La Roue» y dará más interés a este film. Sí, yo creo en el cine sonoro—sonoro» pero no «hablado»—a pesar de que los films sonoros que conozco, no me han dejado plenamente satisfecho. Pero, los que crean que este cine matará al otro, están en un error. El arte mudo siempre tendrá un puesto, y yo quería que viéramos los dos cines, mu-